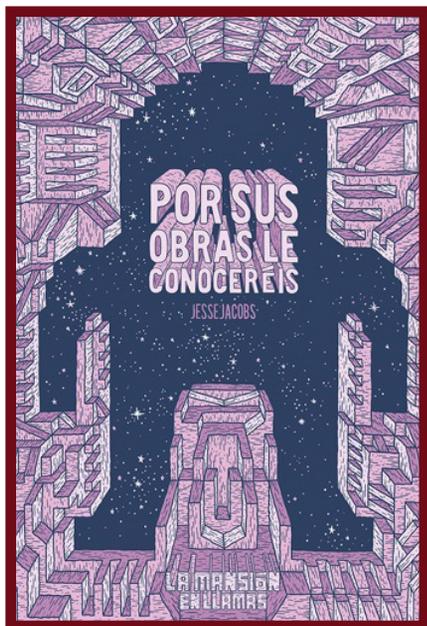


---

# Por sus obras le conoceréis

JESSE JACOBS

Dehavilland, 2015



**T**ODOS podemos tener una intuición bastante clara del concepto de vida, pero definirlo de forma precisa es extremadamente difícil. Sutiles implicaciones filosóficas y científicas complican delimitar el alcance del término... que en el fondo no deja de ser una convención semántica más. Al fin y al cabo, preguntarse si un virus es un ser vivo tiene más o menos la misma hondura epistemológica que preguntarse si El Zorro es un superhéroe, pero en general interesa mucho más lo primero que lo segundo. En cualquier caso, todo lo que percibimos como indudablemente vivo tiene una característica común: moléculas muy grandes. Moléculas compuestas por átomos con unas propiedades que les permiten enlazarse en larguísimas y complejísimas cadenas y así formar el ADN y todo tipo de procesadores químicos que hacen posible nuestra existencia. La pieza fundamental de esas gigantescas biomoléculas es el carbono,

con su mágica configuración electrónica. Existe otro elemento de la tabla periódica con las mismas propiedades: el silicio. Pero lo más glorioso que ha aportado dicho material al lienzo de la naturaleza han sido los desiertos. El carbono se las apañó para estar en el ADN, pero el silicio se quedó en las rocas y en la arena... hasta que ciertas entidades *carbon based* lo utilizamos para construir computadoras (continuará...).

Si el lector se está preguntando qué pinta un párrafo propio de columna de divulgación como el de arriba en un texto sobre un cómic *underground*, el que suscribe responde que bastante. Porque el tebeo en cuestión, titulado *Por sus obras le conoceréis* (en adelante *PSOLC*, por abreviar) pertenece a esa corriente que aborda el origen del universo y, por extensión, de la humanidad desde enfoques, digamos, alucinados (y alucinantes). Y en este caso, Jesse Jacobs, su autor, tira por una vía tan aparentemente antipoética y desposeída de trascendencia como la de los materiales.

Pongamos el caso de un aula de infantil en la que dos niños deciden dar rienda suelta a sus inquietudes artísticas. Uno de ellos opta por crear echando mano del cubo de piezas de Lego, y el otro a través de bloques de plastilina. Cada uno anda a lo suyo, pero los comentarios del maestro desatan cierta rivalidad latente entre ambos chavales. Ahora, con esta escena en mente, imaginemos que los niños no son niños, sino entes multidimensionales capaces de moldear el tejido de la realidad con sus manos (o lo que nuestra tridimensionalmente interprete como “manos”), que en vez de piezas de Lego y plastilina tenemos silicio

y carbono, y que el resultado de las manipulaciones de esos materiales, sus equivalentes a esculturas semideformes hechas con mucha ilusión, fuesen seres vivos (*and beyond...*). Pues más o menos eso es lo que nos cuenta Jacobs en su obra: Ablavar vs. Zantek, carbono vs. silicio, curvas vs. ángulos, lo vivo vs. lo inerte... Una dicotomía cósmica reducida a mundana rivalidad entre alumnos aventajados deseosos de impresionar al maestro.

La revisión del *Génesis* propuesta en el tebeo que nos ocupa puede ser tan alocada y carente de rigor como lo que nos cuenta el primer libro de la *Biblia*, pero su mensaje subyacente es de una sensatez aplastante, porque nos pone a todos en nuestro sitio. Frente a los relatos míticos que sitúan al hombre en el centro de la creación, en *PSOLC*, los humanos no somos más que subproductos de la naturaleza cuyo valor es cuestionado frente a otras construcciones no orgánicas. Que valgamos más que una estructura reticular de silicio no es una afirmación categórica, sino pura opinión. Es más, dentro del relato, el hombre es creado con



---

el único objetivo de fastidiar. Zantek, con los celos a flor de piel ante la predilección que su maestro profesa por las criaturitas blandas de Ablavar, se da un paseo por el planeta que el susodicho ha construido y planta allí sus propios diseños orgánicos para joderle la marra-na, desequilibrando todo el ecosistema y reduciendo la biodiversidad. Para Ablavar somos como el coche teledirigido que el niño repelente lanza a toda velocidad contra el magnífico *tableaux* de Playmobil que su amigo ha tardado horas en componer con mucho cariño e ilusión. Loquísima reinterpretación mítica, pero mucho más consistente que otras historias que pululan por ahí y por las que, desgraciadamente, muchas personas están dispuestas a matar.

Llama bastante la atención el juego de *splash pages* que el autor va desarrollando desde la misma portada del tebeo (ojo también a su tacto rugoso). En primera plana, una imagen simétrica de espacio negativo que parece conformar la silueta de una criatura humanoide. En el interior, cada pocas páginas, encontramos una ilustración cuyo contenido rellena el hueco visto en la cubierta. Esa figura ausente se nos muestra en las más diversas formas: como red cristalina, madera, vegetación, carne y vísceras... Quizás algún avisado lector pueda encontrar la lógica narrativa a la enigmática secuencia (salpicada también con planchas en las que se le aplica el mismo tratamiento a una figura esférica), pero lo que queda claro con su presencia es la obsesión por los materiales que rezuma *PSOLC*, así como cierto vínculo a otros ilustres narradores geométricos, como Stanley Kubrick, Alan Moore o Charles Burns.

Para un viejo aficionado al cómic es imposible no pensar en el Dr. Manhattan al leer *PSOLC*. El diálogo en el que explica que “un organismo cuenta con el mismo número de átomos antes y después de su muerte”, su exilio a Marte convertido ocioso constructor de estructuras cristalinas, su marcha definitiva a los confines del cosmos con intención de crear vida... No cuesta demasiado pensar en el célebre personaje como un ser humano que, por accidente, se convierte en uno de los arquitectos moleculares de Jacobs. También está muy presente la figura de Moore en la secuencia final, que se puede interpretar como una inversión de su clásica historia de los gigantes veganos. En ella, dos enormes colosos de piedra viven su vida en tiempo geológico mientras las diminutas civilizaciones situadas a sus pies guerrean e intentan someterlos sin que estos tan siguiera se percaten; cientos de generaciones caen durante una intrascendente conversación entre esas estatuas vivientes. Sea intencionado o no, el final de *PSOLC* supone una vuelta de tuerca cómica al relato de Moore: Mientras la humanidad evoluciona, son Ablavar y Zantek los que se enzarzan en una bochornosa y torpe peleíta que dura milenios desde nuestra perspectiva.

Haciendo un repaso de los procedimientos utilizados para construir este tebeo, podríamos afirmar que en él convergen dos universos estilísticos tan aparentemente disjuntos como los minicómics de, digamos, hechuras dionisiacas y las grandes obras de arquitectura viñetil. No es la primera vez que ambos mundos chocan, pero nunca lo han hecho con semejante rotundidad, generando un producto final que conserva de manera tan pronunciada los rasgos de sus dos naturalezas. *Por sus obras le conoceréis* constituye el resultado del proceso alquímico definitivo en el que carbono y silicio se hacen uno.

DAVID RODRÍGUEZ MOSTEIRO